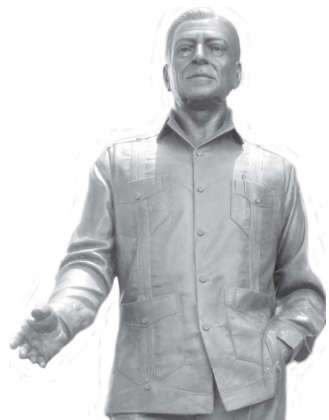




Un elogio a Colima

(10 de junio de 1956)

PLAZA CULTURAL DE
DIARIO DE COLIMA

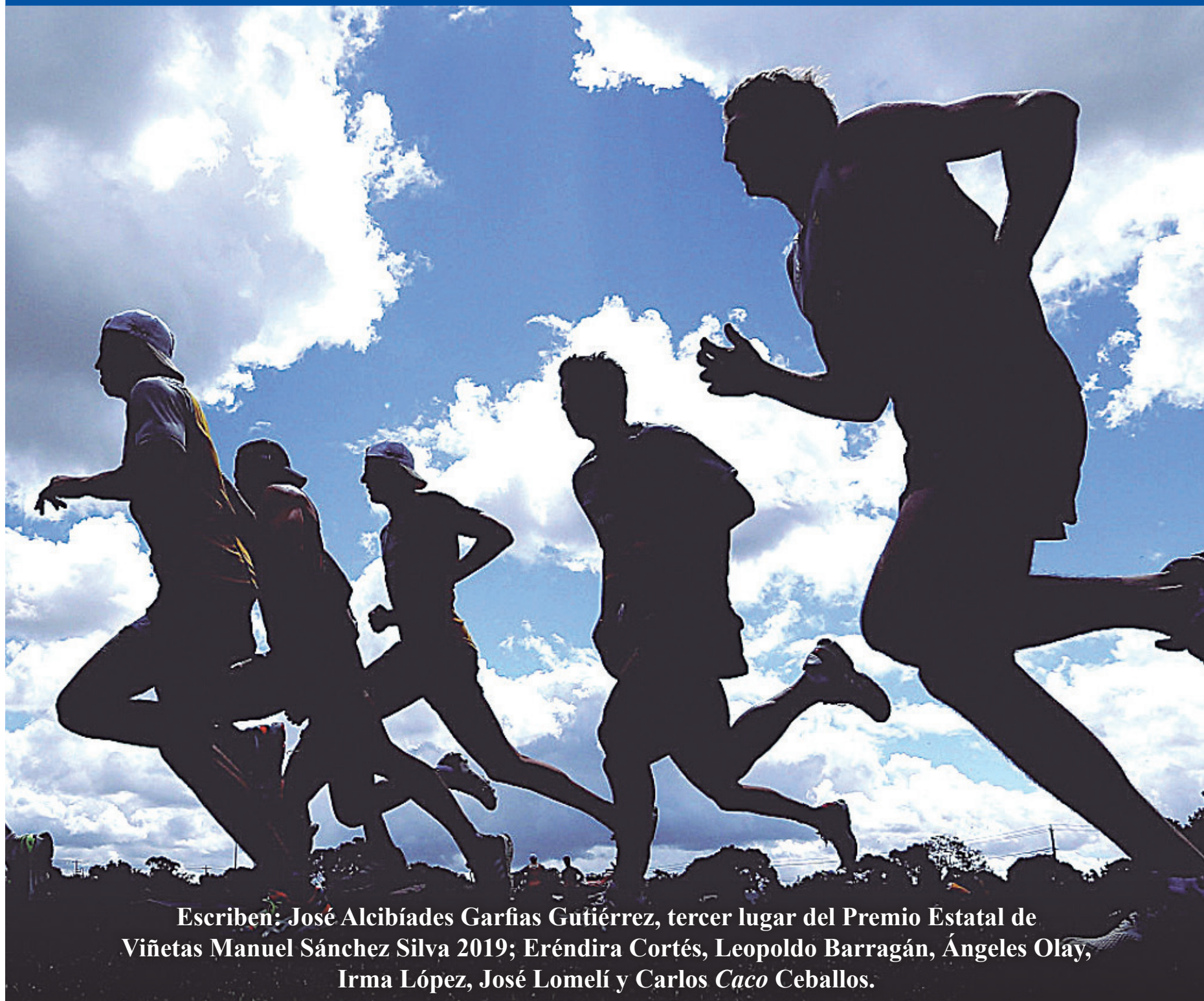


Ágora

VIÑETAS DE LA PROVINCIA ► 4

2569

DOMINGO 24 DE NOVIEMBRE DE 2019



Escriben: José Alcibiades Garfias Gutiérrez, tercer lugar del Premio Estatal de Viñetas Manuel Sánchez Silva 2019; Eréndira Cortés, Leopoldo Barragán, Ángeles Olay, Irma López, José Lomelí y Carlos *Caco* Ceballos.

El Hielero*

José Alcibíades Garfías Gutiérrez

Una tarde de octubre de 1965, un joven y humilde alumno de la Secundaria Estatal Número 4, salía de clases. Con sus libros bajo el brazo, enfiló rumbo a su casa. Atravesaba el jardín de La Concordia cuando, de pronto, lo distrajo la algarabía de un grupo de muchachos que caminaban en sentido opuesto. Al percatarse que se trataba de los integrantes del Club de Atletismo de su secundaria, se detuvo a observarlos. Aquel ruidoso grupo de alumnos mayores, comentaba en voz alta las peripecias del entrenamiento de esa tarde. Regresaban sudorosos y cansados a la escuela, acompañados del director, el profesor Salvador Cisneros Ramírez, *Salinero*, quien los entrenaba con miras a participar en la carrera pedestre del 20 de Noviembre. La Secundaria 4 estaba entonces ubicada donde hoy es el Archivo Histórico de la Universidad de Colima.

Ángel, aquel joven alumno, tenía aspiraciones de entrenar con ese equipo, pero por ser menor de edad no lo tomaban en cuenta. Su sueño era participar en las carreras pedestres, eventos muy populares que se realizaban en la ciudad de Colima con mucha frecuencia en aquellos años. Eran infaltables en los programas deportivos de las fiestas patrias, en noviembre, en navidad y en todas las fechas conmemorativas. Participaban en las competencias una gran cantidad de corredores que se preparaban con tiempo. Las carreras eran presenciadas por un numeroso público, ávido de las emociones de los eventos deportivos. El día de la carrera, la gente se congregaba en el trayecto y sobre todo en la meta de llegada, para alentar a sus atletas favoritos. En esa época no había categorías diversificadas, se enfrentaban todos contra todos en un solo grupo, jóvenes y adultos de todas las edades, sin distingo alguno.

Ángel decidió entrenar solo, con la ilusión de competir en la carrera pedestre de La Revolución. Empezó a correr en las tardes, por la carretera rumbo al Rancho de Villa. Emocionado, aunque con gran incertidumbre, pues con apenas quince años de edad, competiría contra los mayores.

Nacido el 29 de julio de 1950, en el seno de una familia pobre y trabajadora, del barrio de la Calle Nueva, hoy Francisco Javier Mina, fue el cuarto hijo del matrimonio formado por Ignacio Ahumada y Consuelo Jiménez, quienes procrearon ocho hijos: tres hombres y cinco mujeres. Ángel fue un alumno inquieto en la vieja y reconocida escuela primaria Miguel Hidalgo, ubicada en el cruce de las calles 5 de Mayo y Aquiles Serdán. Su padre, don Nacho, como lo conocía toda la gente, se dedicaba a repartir hielo desde temprana hora en las tiendas de abarrotes, fondas y todo tipo de comercios por los barrios de Colima y Villa de Álvarez. En tiempos en que aún no se popularizaba el uso de refrigeradores, el hielo, en nuestro caluroso clima, era un producto de alta demanda. Don Nacho llevó a su hijo a trabajar con él cuando éste apenas contaba con diez años de edad, “para que no anduviera de vago”, decía.

Ángel se inició en aquel rudo trabajo que realizaba por las mañanas, cargando sobre una vieja camioneta de redilas hasta su destino, pesados fragmentos de enormes barras de hielo que apenas podía. Por las tardes asistía a la escuela. Con el paso del tiempo, aquel joven desarrolló una habilidad portentosa para cargar y desplazar los cientos de bloques del gélido producto que distribuía diariamente. Era normal observarlo levantar en vilo, con gran destreza y habilidad, dos pesadas barras de hielo, una en cada brazo, para introducir las a los negocios. Con aquella descomunal carga, llegó incluso a subir las escaleras del mercado Constitución para surtir las fondas que se encontraban en la parte alta. Esa ruda actividad contribuyó a formar su recio carácter, fortaleciendo a la vez sus músculos de brazos y piernas. Diariamente recorría toda la ciudad, por lo que se hizo un personaje muy conocido y popular.

Llegó por fin la fecha esperada, el 20 de noviembre de 1965. Ese día la carrera se desarrollaría en un circuito de aproximadamente quinientos metros, sobre las calles

que rodean los jardines Libertad y Torres Quintero, donde los competidores deberían dar veinte vueltas para completar diez kilómetros. Al arribar al lugar, Ángel vio que ya se encontraban ahí cientos de corredores de todos los clubes conocidos. Estaban los de San Francisco, Halcones, Titanes (de la Javier Mina), de la 20ª Zona Militar, y sin faltar, los de la Secundaria 4, que al verlo, le hicieron burla diciéndole que mejor se fuera a repartir hielo. Destacaban en aquella multitud el *Kid* Molinero, un militar que además era boxeador; Antonio Pedraza Lagos y otros más que eran los campeones, pues tenían tiempo dominando todas las competencias que se realizaban en la capital y los alrededores. El público se arremolinaba en torno a sus favoritos, alentándolos al triunfo.

Cuando llegó la hora de salida, Ángel se colocó atrás del contingente con gran nerviosismo y temor. Elevó sus ojos al cielo y se persignó. Sentía que las piernas le temblaban, pues enfrentaba su primera competencia. Al darse el banderazo, los corredores arrancaron vitoreados por numeroso público. Para sorpresa de Ángel, todos iniciaron con un paso muy conservador. Él agarró un buen tranco y pronto se ubicó a medio pelotón. A medida que se desarrollaba la prueba, notó que podía rebasar a muchos de los competidores con cierta facilidad, y poco a poco fue acercándose a los punteros, siguiéndoles a prudente distancia. Conforme transcurrían las vueltas al circuito, el agotamiento diezmo a la mayoría de corredores, que se fueron rezagando. Él sintió que tenía buena condición física y adquirió mayor confianza. Faltando dos vueltas para el final, vio cerca

a los que encabezaban el contingente, entonces imprimió mayor velocidad a su paso tratando de darles alcance. Llegó a la meta en octavo lugar, con pocos metros de diferencia de los punteros. Fue una prueba agotadora, pero estaba contento con el lugar obtenido, pues había corrido contra los mejores.

Esa primera carrera fue de mucho aprendizaje para él. No le gustaba la estrategia de los corredores experimentados, que iniciaban con un paso muy lento, pues le aburría ir despacio, siguiendo a los demás. Continuó entrenando y decidió que para las siguientes pruebas, saldría a buen paso desde el principio, e iría acelerando durante el desarrollo de las mismas.

Participó en su segunda carrera, en diciembre de ese mismo año. El recorrido fue de ida y vuelta a Coquimatlán, partiendo frente a Palacio de Gobierno. Siguió su plan de carrera y desde el arranque dejó atrás a todos los adultos y expertos corredores. Ángel fue puntero durante todo el recorrido. Cuando llegó al jardín Libertad, la gente no daba crédito a lo que veía, ¡un jovencito venía adelante de los grandes! Ante la sorpresa de todos, aquel muchachito cruzó la meta en primer lugar, acompañado de nutridos aplausos de los presentes

que, sin saberlo, ese día estaban viendo nacer a un campeón: Ángel *El Hielero* Ahumada. En adelante, nunca más volverían a ganarle. Ángel había aprendido a conocer de lo que era capaz y, sobre todo, a superar sus miedos.

El Hielero se hizo adicto a las carreras de fondo de cualquier distancia. Corría en todas las que se realizaban en Colima y sus alrededores, llegando a participar en dos y hasta en tres carreras cada semana. En todo lugar donde se anunciaban competencias se hacía presente, ya fuera en Comala, Villa de Álvarez, Tecmán, Tonila, y más allá, obteniendo siempre el primer lugar. Durante muchos años, fue imbatible en la región.

En Colima, la mayoría de las carreras se realizaban en el centro de la ciudad, que ya estaba pavimentado, pero también las había por calles empedradas, brechas y terracerías. Eran muy concurridas las que se organizaban en un circuito por calles de la colonia Jardines de la Corregidora, igualmente en la Unidad Deportiva Ignacio Zaragoza, que se ubicaba frente a la anterior Zona Militar, donde ahora es la Casa de la Cultura. No existía aún la Unidad Deportiva José María Morelos y Pavón.

Como atractivo extra, las carreras se transmitían a control remoto por la Radiodifusora XERL, en la que afamados locutores narraban el desarrollo y evolución de las pruebas, de manera que el público presente y quienes las seguían desde sus hogares, se emocionaban al máximo al escuchar las vibrantes narraciones en ese popular medio de comunicación. La gente oía, en vivo y en directo, los nombres de los corredores des



Ángel *El Hielero* Ahumada recibe su trofeo de primer lugar en una de las tantas competencias que ganó como corredor.

tacados y sus sensacionales duelos de velocidad rumbo a la meta, lo que contribuía a engrandecer la popularidad de los triunfadores.

Bajito, con 1.66 m de estatura, delgado, con piernas y brazos fuertes y amplio tórax, Ángel tenía el físico ideal de los corredores de fondo. Sus ojos zarcos miraban siempre con seguridad y confianza, con gesto amable y amiguo. Se curtió, como todo buen maratonista, con base en entrenamientos constantes, disciplina y tesón. Aprendió a ignorar el dolor y sobreponerse a las lastimaduras del calzado durante las competencias, soportar el cansancio y la sed, y luchar siempre hasta más allá del límite. Hubo ocasiones en que, por no tener tenis, corría con los zapatos de trabajo, y como todas las familias humildes, nunca tuvo una alimentación especial, comía los alimentos tradicionales de Colima.

Robándole horas al descanso, su plan de entrenamiento se basaba en correr y correr. Recorría todos los días grandes distancias, alternando en diferentes tipos de terreno. Se le veía con frecuencia correr por las carreteras de los alrededores con su típico atuendo blanco, rumbo a La Cumbre, a Juluapan o Cuauhtémoc, así como por las noches en la Unidad Deportiva Ignacio Zaragoza.

Asistió en varias ocasiones a Guadalajara a participar en el maratón jalisciense. Ahí tuvo la oportunidad de correr al lado de fondistas mexicanos de renombre internacional, como Juan Máximo Martínez y Mario *El Sope* Pérez, obteniendo en una ocasión un destacado sexto lugar. Asistió también a un campeonato regional en Tepic, Nayarit, donde conquistó varias medallas.

En cierta ocasión, vino a Colima a correr contra *El Hielero* un fondista de nombre Francisco Orendain, al que presentaron como campeón nacional en los diez mil metros. Fue una carrera épica que se realizó de ida y vuelta de Colima a Comala. Se establecieron, como incentivo extra, dos metas volantes, una en Comala y otra en la Villa. Esta modalidad es más propia del ciclismo, pues con ella se estimula la competitividad. Ambos corrieron codo a codo, separándose de inmediato del resto de los competidores. Ninguno se rendía, incluso hubo un conato de pleito durante el trayecto, cuando el corredor visitante intentó parar mediante zancadillas, golpes y codazos a Ángel, quien en respuesta imprimió mayor velocidad a sus zancadas. En esa cruenta contienda, *El Hielero* ganó con emocionantes *sprints* las dos metas intermedias y cruzó solitario en primer lugar la meta final en el jardín Libertad. Ese día se llevó a su casa tres trofeos que lo acreditaban como ganador absoluto.

Ángel decía que se inspiraba en el legendario corredor etíope Abebe Bikila, quien fue doble campeón olímpico del maratón. Era su ídolo por las portentosas hazañas que realizó al ganar, descalzo, el maratón en la Olimpiada de Roma en 1960, triunfo que repitió, ya con calzado, en el maratón de la Olimpiada de Tokio en 1964. El sueño de Ángel era ser tomado en cuenta en el selectivo nacional y un día llegar a competir en una Olimpiada. Sueño que no pudo realizar, pues no encontró autoridad alguna, ni organismo o empresa que lo apoyara para tal fin. A todos los eventos que asistía fuera de Colima, lo hacía con sus propios recursos.

En una ocasión, acudió a una carrera en León, Guanajuato, representando a Colima. Al terminar la competencia, se encontró con que el encargado de la delegación se había gastado en las cantinas todo el dinero de los alimentos y pasajes, por lo que *El Hielero* y otros tres competidores tuvieron que trabajar cargando bultos en la estación del tren para pagar su pasaje de regreso.

Correr 42 kilómetros con 195 metros, la distancia oficial del maratón, era un verdadero reto aun para el más experto de los atletas. Cuando Ángel corría esa prueba, al sentir los estragos del agotamiento, y cuando parecía que ya no podía más, se concentraba en escuchar el ritmo acompasado de sus pasos y respiración. Recordaba los duros entrenamientos y volteaba a ver a sus contrincantes, mientras reflexionaba que aunque se vieran bien, también ellos venían cansados; entonces le llegaba el segundo aire y seguía adelante.

Todo maratonista sabe que hacer alto y detenerse durante el trayecto, ya sea por cansancio o algún imprevisto, es de fatales consecuencias. En cierta ocasión se organizó un maratón por la carretera Villa de Álvarez-Minatitlán, saliendo de El Mixcoate y con meta en el jardín Libertad. De regreso, *El Hielero* venía punteando cuando al bajar la cuesta frente al cruce de Zacualpan, notó que se le habían desatado los tenis. Se detuvo en el puente de El Seis para atarlos, pero al intentar reanudar la carrera, con gran desconcierto y sorpresa notó que sus piernas no le respondieron, no podía dar un solo paso, estaba todo acalambrado. Se tiró al pavimento y en tanto lo reanimaban, lo pasaron

los competidores que lo seguían.

Rendirse no está en la mente de un maratonista que se respete, pensó. El orgullo de deportista y la fuerza de voluntad lo impulsaban a seguir con la sola idea de llegar a la meta, a costa de lo que fuera. *El Hielero* logró incorporarse poco a poco, caminando y trotando continuó el trayecto. Cuando llegó al final, exhausto y al límite de sus fuerzas, ya lo esperaban ahí una veintena de corredores que, esa vez, terminaron antes que él. Nunca abandonó una competencia. Nadie podrá decir que un maratonista es un perdedor, pues llegar a la meta ya es un triunfo.

El premio al esfuerzo eran trofeos y diplomas. Eventualmente algunas casas comerciales les obsequiaban a los ganadores enseres domésticos, canastas navideñas y otros artículos. Las convocatorias en aquellos años no incluían la premiación en efectivo. Esta práctica se introdujo hasta la década de los noventa, y desde entonces ha atraído a muchos corredores de Jalisco y de otros estados, incluso de África, siendo actualmente los keniatas quienes mayormente ganan las carreras.

Transcurrieron aproximadamente ocho años en los que *El Hielero* ganó todas las carreras en que participó. Superó todos los récords establecidos hasta entonces en las diferentes distancias. Las crónicas deportivas de la época dan cuenta de sus increíbles hazañas. Esto motivó que los organizadores lo empezaran a vetar, con el argumento de que ya nadie quería correr si él participaba, o de que ya era seleccionado nacional. Hubo incluso quien dijo que no podía participar contra los otros corredores, porque él era un “corredor empedernido” y los demás estaban en desventaja. Finalmente, contra su voluntad, en 1973 dejó de competir en Colima. Había nacido la leyenda del invencible *Hielero* Ahumada.

Ángel fue un hombre enamorado del deporte. En busca de mayor acción y para allegarse algunos ingresos extras, incursionó en el boxeo de paga a la edad de 19 años. En las funciones que se efectuaban en la Arena Victoria, ubicada por la calle Juárez en la ciudad de Colima, se realizaban encuentros entre boxeadores de Colima, Tecmán, Manzanillo y Ciudad Guzmán. Ángel subía al ring a escondidas de su padre, pues no estaba de acuerdo que peleara. Cuando don Nacho lo veía llegar con moretones en la cara, le decía:

—¿Cómo te fue, hijo de la chin-gada?

—Pues gané, jefe.

—¡Ah, pues conmigo vas a perder cabrón!, y le atizaba otra tanda de golpes, aunque ya fuera mayor de edad. Ángel duró cinco años en el deporte de las guantadas. En ese lapso nunca perdió una pelea. Con sus 50 kilos peleaba en peso mosca, una de las grandes divisiones del boxeo mexicano, junto con la de peso gallo.

El Hielero se probó también en la caminata. En cierta ocasión, salió rumbo a Comala con la idea de parti-

cipar en una carrera que iniciaba en el llamado “Pueblo Blanco de América”, con meta en el jardín Libertad, en Colima. Cuando llegó, ya habían arrancado los corredores. Entonces, el profesor José Jorge Carrillo González, *El Papi*, quien había fungido como juez de atletismo en la Ciudad de México durante las Olimpiadas de 1968, le dice: “Éntrele a la caminata, ahorita sigue”. Cuando *El Hielero* le comenta que nunca la ha practicado, *El Papi* le contesta: “Vente, yo te digo cómo”. En ese momento lo aleccionó, en los andenes del jardín, instruyéndolo sobre la técnica de la caminata, la llamada marcha olímpica, y de cómo evitara flotar para que no lo penalizaran. En quince minutos estuvo listo. La prueba dio inicio y, al momento, *El Hielero*, como si fuera un experto andarín, mostró una técnica depurada, al estilo del Sargento Pedraza, quien había ganado una medalla de plata para México en las recientes Olimpiadas del 68. *El Hielero* logró lo increíble: llegar a la meta en primer lugar, derrotando a los expertos en ese vistoso y novedoso deporte. Ángel siguió practicando la caminata durante algunos años, alternándola con las carreras de fondo.

Ángel se casó a los diecisiete años de edad con Alicia Mendoza Muñoz. Los jóvenes esposos procrearon cinco hijos: tres mujeres y dos hombres. Cuando nació el último, Ángel tenía apenas veintiséis años de edad. Siempre se dijo agradecido con la vida porque todos sus hijos se formaron como profesionistas y viven honestamente. Él dejó trunca la carrera de contador público, ya que le ganó el amor al deporte, pues corriendo se sentía libre y se liberaba de la tensión diaria. Ha de ser por eso que le agrada la gente que corre, porque hacen lo que a él le gusta, sin importar si llegan a la meta adelante o después, ya que al final todos salen ganando, pues se alejan de vicios, logran una vida saludable y se forjan una disciplina. Como ejemplo de esa filosofía de vida, él ►5



Colimenses a punto de comenzar una carrera en 1967. Al centro, un poco agachado, *El Hielero*.



VIÑETAS DE LA PROVINCIA

Un elogio a Colima

Don Manuel Sánchez Silva

(10 de junio de 1956)

En 1932, el general Gabriel R. Guevara se presentó como candidato al gobierno de Guerrero, en oposición al licenciado Ezequiel Padilla, que también aspiraba al cargo.

Guevara se rodeó de un grupo formado por muchos inteligentes, ambiciosos y entusiastas, en el que figuraban Alfonso Mastache, Manuel M. Reynoso, Bulmaro Tapia, Manuel Sánchez H., Alejandro Gómez Maganda y otros. Ninguno llegaba a los 25 años.

En esa época yo trabajaba en el P.N.R., y el general Manuel Pérez Treviño, presidente de esa organización, me confirió la comisión de representar al partido en los preparativos y ejecución de los famosos “plebiscitos”, que se efectuaban en todas las contiendas electorales para determinar la fuerza popular de los candidatos en juego.

Por las muy naturales razones de edad y temperamento costeno, simpatice desde luego con el grupo de Guevara, sintiéndome especialmente atraído hacia Reynoso y Gómez Maganda, con quienes hice estrecha y leal amistad que se ha conservado a través de los años.

Ambos provenientes de las más humildes capas sociales, pobres de solemnidad y de una fealdad fisonómica en grado heroico —en cuya comparación nuestro “feo Schmidt” resultaba un adonis de Mack Senet—, Manuel y Alejandro coincidían en las excelencias de su talento, de su bohemia y festiva alegría de vivir y de la confianza de su propio valer.

Una noche, en Iguala, el grupo acordó burlar la vigilancia paternal que ejercía el general Guevara y salirse “de gallo”. Al filo de las 2 de la mañana, el grueso de amigos y los componentes de un conjunto musical se colocaron bajo un balcón y empezaron a entonar las canciones de moda. A pocos metros de distancia y en la esquina de la acera, Alejandro y yo fumábamos en silencio. La oscuridad era completa, pues en ese tiempo el servicio eléctrico de Iguala se suspendía a las 11 de la noche.

De pronto, más que ver, presentimos una presencia extraña. Alguien llegaba, invisible, feroz y tremendo, como una maldición no expresada. Ese alguien, que resultó ser un médico semiloco, afecto a embriagarse y a quien el vino perturbaba la razón, llevaba una pistola en la mano y, seguramente poseído de un espíritu de persecución, al llegar junto a nosotros levantó el brazo armado y lo dejó caer sobre la forma humana que entreveía. Alejandro recibió el pistolazo en plena frente y cayó al suelo, bañado en sangre, mientras el agresor fantasmal huía desvaneciéndose en las tinieblas.

Recogí al herido, vinieron los amigos, y en tanto que unos se lanzaban a perseguir al salvaje alcoholizado, otros me ayudaron a sostener a Alejandro y conducirlo hasta la casa de un boticario, quien desinfectó la herida y la cosió sin el paliativo de ningún anestésico, pues su existencia de medicamentos no iba más allá del bicarbonato de sosa, del aceite alcanforado y de las pastillas de clorato.

¡Cómo admiré, en esa ocasión, la presencia de ánimo de Gómez Maganda! Mientras las inhábiles manos del boticario le respuntaban los labios de la lesión, Alejandro me refería sus andanzas de boxeador amateur, de vendedor de periódicos, de estudiante irregular sujeto a la necesidad de interrumpir una lección para buscarse los medios que le permitieran comprar un pambazo para engañar el hambre.

Al día siguiente salimos a Huitzucó, distante de Iguala tres horas a caballo. Alejandro y yo nos rezagamos de la comitiva, eludiendo interrupciones a nuestra plática de evocaciones sentimen-

tales y confidencias. Mi origen colimense despertaba en él viejas emociones. Años atrás se había enamorado de una muchacha colimota, cuya tierna añoranza le hacía suspirar. Al paso tardo de las bestias, me contó la historia romántica de aquel cariño frustrado.

De pronto, empezó a llover y a los pocos minutos se formalizó un aguacero, empapándonos la ropa y especialmente la venda enrollada alrededor de la cabeza de Gómez Maganda, que comenzó a gotear mercurio cromo... Por la faz áspera-cutánea le corrían innumerables vertientes enrojecidas, que provocaron nuestra hilaridad... ¡Oh divina juventud, que transformas en risa hasta los golpes dados a mansalva!

Poco antes de llegar a Huitzucó, Alejandro paró en seco su cabalgadura:

—¿Sabes lo que vengo pensando? Voy a hacer un elogio de tu tierra de Colima, ahora que hable en el mitin.

—¡Magnífico!, pero no imagino cómo puedas relacionar el recuerdo geográfico y sentimental de Colima, con la propaganda electoral del general Guevara.

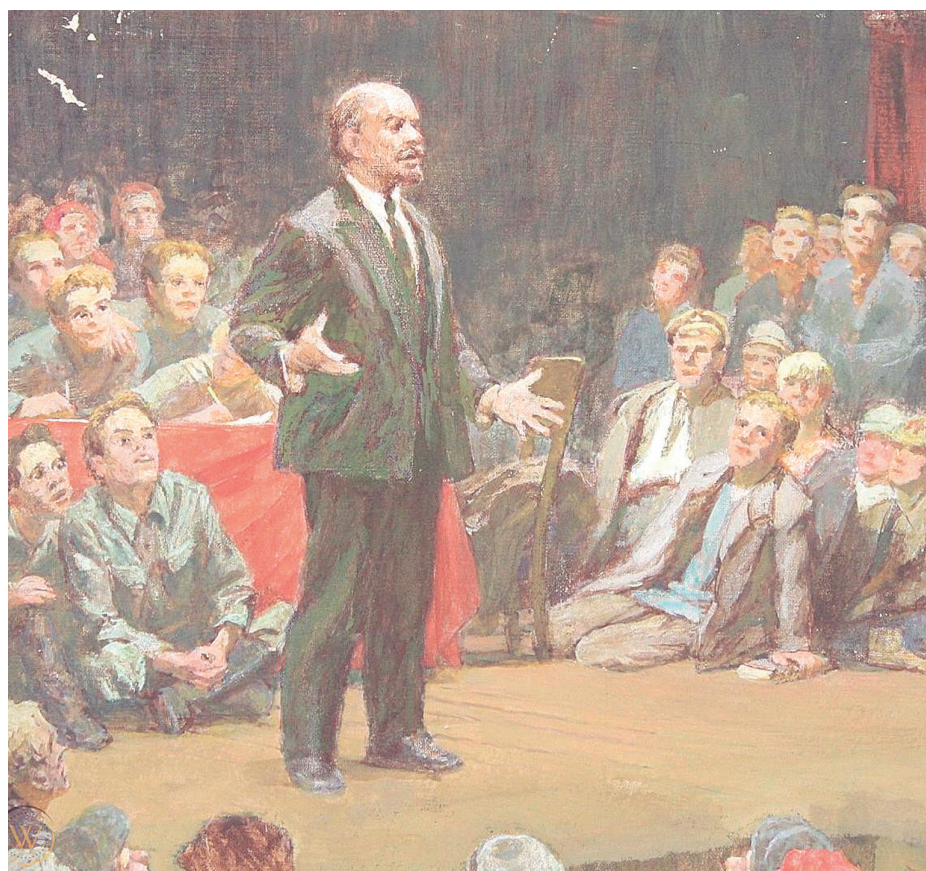
—Ya lo verás.

Y lo vi. Mejor dicho: lo escuché. Chorreando agua, pero con el espíritu ligero, llegamos a Huitzucó y nos adentramos por entre la muchedumbre de partidarios, y cuando tocó turno a Gómez Maganda, pronunció el más lírico, apasionado y hermoso de todos los discursos dichos en esa gira. Con magistral habilidad, al exaltar las virtudes de la mujer guerrerense aludió a la sensibilidad, abnegación, desinterés y nobleza de todas las mujeres de la costa, y citó como ejemplo a la mujer colimense.

Y era de ver aquel contradictorio espectáculo presentado por un muchacho herido, con la ridícula apariencia que proporcionaban las ropas mojadas y arrugadas, erguirse en la emoción del pensamiento hablado y centrar la atención de sus oyentes con las magnificencias de su oratoria, que lo engrandecían y agigantaban.

Por las circunstancias en que se produjo ese homenaje a mi tierra, lo recuerdo como el mejor de los elogios para Colima.

* Periodista, escritor y fundador de **Diario de Colima**.†



Con magistral Chabilidad, al exaltar las virtudes de la mujer guerrerense aludió a la sensibilidad, abnegación, desinterés y nobleza de todas las mujeres de la costa, y citó como ejemplo a la mujer colimense.

jamás consumió alcohol ni tabaco, por lo que pudo dar a sus hijos una educación basada en buenos ejemplos.

Claudia Elizabeth, su hija mayor, fue la única a la que le gustó correr. Participó en los juegos deportivos del ISSSTE, en los que llegó a ser campeona estatal y asistió a una justa nacional.

En 1979, el profesor Héctor Hernández, que fungía como presidente de la Asociación Estatal de Atletismo y entrenaba además al Club Universidad, lo invitó a que volviera a las carreras. Fue así que *El Hielero* se reincorporó a las competencias, para seguir su racha de victorias algunos años más, acrecentando su leyenda de imbatible.

En la década de los ochenta, surgieron una pléyade de buenos corredores, que se habían ido fogueando en pruebas de pista y ruta. Corredores como Jesús Jiménez *El Capi*, César Morales, Joel López, Luis Gabriel Silva *El Chivo* y su hermano Aldo, Eligio Tostado, Telésforo Rojas, Raúl Torres, Victoriano Cervantes, Aarón Cobián *El Mudo*, José Dolores Sánchez *El Chanfle* y otros más. Muchos de ellos tuvieron como motivación extra, la de enfrentar al *Hielero*, ya que se preparaban especialmente con la mira puesta en ganarle al mítico maratonista, intentando arrebatárle un pedazo de gloria a aquella leyenda del deporte de Filípides. Varios de aquellos corredores presumían entre sus mejores logros, haberle ganado en alguna ocasión al *Hielero*. Estos competidores, que ya seguían planes de entrenamiento modernos, paulatinamente fueron ocupando el lugar que dejó Ángel, incursionando algunos de ellos en maratones a nivel nacional e internacional. Ángel siguió corriendo algunos años más en la categoría de veteranos, y fiel a su costumbre, siguió incrementando sus laureles.

En ese tiempo, también empezaron a participar en las carreras aguerridas mujeres. Sobresalían: Guillermina Aranda, Angélica Alcaraz, Carmen Bonós y muchas otras. De igual forma se incorporaron a las competencias los deportistas en sillas de ruedas, y se clasificaron las categorías infantiles y juveniles, que le vinieron a dar a las carreras pedestres un carácter inclusivo y universal.

Poco a poco, Ángel fue abandonando las competencias, participaba esporádicamente hasta que en 1992 dejó de competir. Diversas lesiones le impidieron seguir practicando el deporte de sus amores. Curiosamente, sus lesiones no fueron producidas por su desmedida afición al deporte, sino por accidentes de tránsito que sufrió, en varias ocasiones, mientras recorría las calles, realizando su trabajo.

Para no estar inactivo, sigue dedicado al trabajo que aprendió hace sesenta años, aun cuando la demanda del hielo ha disminuido ante la proliferación de equipos de enfriamiento modernos y económicos. Cuando llegue el momento de colgar las pinzas y el picahielo, lo hará, tal vez, contra su voluntad, como lo hizo cuando dejó el deporte de su pasión.

Cuando Ángel contempla los muchos trofeos, diplomas y medallas, como testigos de un pasado glorioso que reposan en diversos espacios de su casa, ¿escuchará todavía los latidos acelerados del corazón y el grito de su público?: ¡Vamos, mi *Hielero*, échele ganas! De seguro que sí, porque esas cosas jamás se olvidan.

**Esta historia obtuvo el tercer lugar en el Premio Estatal de Viñetas Manuel Sánchez Silva 2019.*



En 1970, *El Hielero* obtuvo otro de sus múltiples premios como maratonista, como se aprecia en esta imagen, en la Unidad Ignacio Zaragoza. Atrás del deportista, su esposa Alicia con la mayor de sus hijas, Claudia, quien años después le siguió los pasos a su padre en las competencias.



Hasta los tímpanos

Fruta podrida

Eréndira Cortés

Es difícil descifrar los comienzos, podría decir 1999, en Inglaterra, aunque el origen se remonta hacia 1939 en Estados Unidos; pero para ser más exactos digamos que la obertura tuvo lugar en mi habitación con un sueño.

En aquel entonces, antes de dormir, escuchaba una estación de radio para dejarme arrullar por las voces y las melodías. Recuerdo que una vez el sonido de un piano me elevó de la cama hasta cruzar la atmósfera, las notas me empujaban en breves subidas y bajadas, mientras viajaba por planetas, asteroides, lunas y estrellas. Pronto mi conciencia se extrañó ante tal

escenario y me mandó de vuelta a la vigilia. No supe si el locutor mencionó algo como “Del infierno al paraíso” o fui yo quien concibió así esa experiencia. Afortunadamente pude escuchar tres palabras que me dieron la clave de acceso a esa maravilla auditiva: The Cinematic Orchestra. Por eso digo que de alguna manera todo comenzó en 1999, cuando el inglés Jason Swinscoe formó la agrupación.

Sin embargo, la cosa venía de más atrás y yo no lo sabía. Para ello debo mencionar mi “encuentro” con Nina Simone. De muy niña debí haber escuchado *Feeling good* y tal vez me sedujo lo terso de su voz, pero hasta ahí. Luego descubrí *Strange fruit*, casi igual de hermosa, pero a la vez opuesta, llena de melancolía; su estrofa final decía algo que traducido al español sería: “Aquí está una fruta para que la arranquen los cuervos / para que la lluvia la tome, para que el viento la aspire/ para que el sol la pudra, para que las hojas dejen caer”. Justo esa última frase “*for the leaves to drop*”, interpretada con una

cadencia semejante al sonido de un fruto que se desprende y choca en el suelo, llamó mi atención. ¿Dónde la había escuchado antes?

La respuesta llegó rápido a mi memoria: The Cinematic Orchestra. De inmediato exploré mis archivos musicales y la encontré, se trataba de *Durian*, primera canción de su disco debut que durante siete minutos te atrapa en su misterio con ritmos repetitivos y frases, para mí incomprensibles, que resultaron ser fragmentos de *Strange fruit* (más adelante supe que a este recurso se le conoce como *sample*, y era más común de lo que pensaba).

Aunque Nina no fue la primera en inter-

pretarla, sino su antecesora Billie Holiday —quien se adhirió a la esencia de la letra logrando conmovér al público hasta la médula—, a mí la versión de Simone me desgarró y estremece el interior, en el buen sentido, mas no sabía explicar por qué. También me intrigaba que la hubieran elegido y que a esta nueva obra le llamaran *Durian*.

Por fortuna, en unos cuantos minutos la red de redes me dijo que esta palabra es el nombre de una fruta con fétido olor, cuyo nombre científico es *Durio zibethinus* y en México se conoce como yaca. Y lo más importante, me mostró que en realidad todo había comenzado en Estados Unidos hacia 1939, cuando Abel Meeropol —un judío de origen ruso— compuso *Strange fruit*, un himno de protesta ante el linchamiento injustificado de afroamericanos. La imagen es impactante: “*strange fruit*” era una manera despectiva de llamarle a los cuerpos inertes que pendían de los árboles, cual frutas podridas a punto de caer.



Umbrales de Muerte*

María Irma López Razgado

La Casa del Archivo, como espacio que guarda la memoria de los vecinos de Colima, es un archivo vivo, pues durante más de dos décadas ha publicado varios libros y artículos científicos que nos dan cuenta de la importancia de nuestro bello Colima a nivel social, cultural e histórico. Una de las series de mayor prominencia es la colección *Pretextos, Textos y Contextos*, en donde a propósito de estos días pasados, de Todos Santos, hay un artículo, *Umbrales de Muerte*, de la arqueóloga Ángeles Olay Barrientos, el cual hace precisamente una reflexión basada en el estudio de la cerámica encontrada en la tradición cultural de tumbas de tiro y los últimos descubrimientos arqueológicos, sobre las ideas y los temores que impulsaron a esos pueblos a construir semejantes espacios en los que se reproducía para los muertos, imágenes del mundo y de los seres que los acompañan más allá del mundo terrenal.

En toda transición hay que encontrar las condiciones que nos permitan continuar con nuestro viaje, porque el tránsito es esfuerzo, como el paso del día a la noche o de la vida a la muerte. Encontrar la forma ideal del recinto es una búsqueda que el ser humano realiza desde hace siglos bajo diferentes y siempre cambiantes formas culturales. En el periodo que ahora conocemos como Clásico, quienes habitaron en la zona del Occidente de Mesoamérica encontraron, en la tradición de las tumbas de tiro, su respuesta para el paso del mundo de los vivos al lugar de los extintos.

Así, la tradición cultural que comparten las tierras situadas entre Nayarit, el occidente de Michoacán, el sur de Zacatecas y hasta las costas de Colima, es explicada mediante la transmisión de las prácticas chamánicas de coras y huicholes al conjunto de la región. Una supervivencia de ritos y de mitos a lo largo de 2 mil años, por lo menos, sorprendentemente imbricada con los mitos y creencias de los pueblos indios del suroeste de los Estados Unidos.

Las tumbas de tiro del Occidente mesoamericano fueron parte importante en esta dualidad de vida/muerte, que siguen esperando más estudios científicos por parte de los arqueólogos de la región.

nanishe@hotmail.com

**Texto basado en el trabajo Umbrales de muerte, rituales mortuorios del Colima Prehispánico, de Ma. de los Angeles Olay B., con prólogo de María Irma López Razgado, en Pretextos, Textos y Contextos vol.23, Archivo Histórico del Municipio de Colima, 2000.*



Nacer a la muerte en el Colima prehispánico

Ma. Ángeles Olay Barrientos
 Centro INAH Colima

La tradición de las tumbas de tiro es una vasta expresión cultural que se desarrolló fundamentalmente en territorios que hoy día forman parte de Colima, Jalisco y Nayarit. Las tumbas son recintos subterráneos que constan de un tiro o pozo vertical que se excavaba hasta la profundidad que le permitiera la dureza y consistencia del subsuelo. Generalmente se buscaban lugares propicios que permitieran la perdurabilidad de la cámara de modo que no sufrieran desplomes ni deslaves. Una vez que el tiro cruzaba las capas del suelo que garantizaban la estabilidad de la bóveda, esta comenzaba a ser socavada. Los tiros podían así, conducir a una, dos e incluso tres cámaras. Es posible proponer que las tumbas más profundas correspondieran a personajes con una alta jerarquía dentro de la comunidad. Toda vez que las tumbas eran preparadas con tiempo, se ha pensado, además, que las mismas servían a ciertas familias, clanes o linajes y que fueron utilizadas a lo largo de varias generaciones.

La información que ofrecen las imágenes formales de las piezas procedentes de las tumbas de tiro, tanto las terracotas con formas humanas, de animales o de entes fantásticos, han permitido la interpretación de algunos de los aspectos de la vida de la vida cotidiana de sus creadores. Peter Furst planteó que el área de influencia del ritual funerario de las tumbas de tiro se encontraba dominado por la existencia de una fuerte tradición chamánica*. Tal afirmación la sustentó a través de una metodología basada en la analogía entográfica. Así, a través del estudio de mitos y ceremonias tomadas de diversas partes del mundo, con un énfasis especial en las relativas a diversos grupos del suroeste norteamericano y con múltiples ejemplos procedentes de coras y huicholes desarrolló una serie de ideas que cambiaron la percepción de estas antiguas sociedades prehispánicas.

Para Furst, la función de los shamanes en toda comunidad es la de protegerla de sus enemigos sobrenaturales; por tal razón, aquellas figuras que durante mucho tiempo fueron interpretadas como “guerreros” o “jugadores de pelota” eran simplemente los shamanes que, en

cumplimiento de sus funciones, libraban batallas sobrenaturales contra las fuerzas malignas del inframundo mismas que amenazaban el alma de los que habían perdido la vida y los convertía en los guardianes shamánicos de la muerte. Los chamanes fueron reconocidos a partir de ciertos atributos. El principal de ellos era el cuerno que portaban en el cabeza mismo que debía ser entendido como signo de poder.

La frecuente representación de animales entre las ofrendas de las tumbas es abordada también desde la perspectiva shamánica. Así, la presencia de patos, cangrejos, pericos, armadillos, tortugas, tarántulas, ranas, etc. tiene que ver con ritos y ceremonias. Furst sostiene que cada uno de estos animales tiene una singular importancia entre la mitología y la iconografía sagrada de coras y huicholes. La discusión que efectúa de las representaciones de patos es interesante en virtud de que señala las coincidencias de ciertos mitos existentes con grupos del suroeste de Estados Unidos. El pato, según el mito de creación

de los grupos Pueblo, es el mensajero de las nubes de lluvia en las cuatro direcciones sagradas del mundo. Así, tanto los huicholes como los indios Pueblo creen que pueden asumir la forma de pato para viajar entre las montañas sagradas. Además, los zuñi piensan que el pato es el enviado de los dioses para buscar el centro del mundo y el lago de la muerte ubicado en el inframundo, el ave acompaña al dios ciego llamado Kialo quien es transportado sobre una litera. Es por ello que, entre los ejemplares de las tumbas, abundan las representaciones de patos dobles.

El tema de la interpretación de una sociedad a través del simbolismo expresado en una pequeña porción de su cultura material es, desde luego, una tarea de largo plazo. De cualquier modo, la comprensión de sus estructuras sociales podrá ser mejor atisbada a partir del momento en que los arqueólogos documenten mayor información y se permitan, asimismo, una mayor libertad en sus interpretaciones.

**Furst, Peter, Shaft tombs, Shell trumpets and Shamanism: A culture historical approach to problems in West Mexican Archaeology, Tesis doctoral, Department of Anthropology, University of California, L.A., 1966.*





Caballos, filosofía y religión

Leopoldo Barragán Maldonado

Uno de los conflictos más recurrentes con los que me enfrento en la tarea ociosa del filosofar es el continuo choque entre la intuición y la razón; de hecho, he llegado a la conclusión de que la intuición ejerce señorío sobre el raciocinio; por consiguiente, es el medio más rápido y eficaz de emprender un viaje hacia la aprehensión del objeto e inclusive puede anticipar el desenlace de un razonamiento al estilo lógico aristotélico, en cualquiera de sus modos y figuras; esto quiere decir que una simple corazonada basta para edificar sobre el peñasco intuitivo el faro orientador del discurso filosófico. El domingo pasado, mientras montaba mi caballo de dos ruedas, y en pleno soliloquio campirano, me vino el chispazo: 'los que vagan, divagan', entendiendo esta proposición en el sentido de que el conocimiento, y hasta la sabiduría, se logran vagabundeando.

En el primer caso nos cuenta Alain de Botton en su libro *Las consolaciones de la Filosofía*, que allá por el año 1580, Montaigne, con el propósito de conocer las diferencias culturales entre los usos y costumbres de la vida cotidiana europea, se le ocurrió ensillar su caballo y acompañado por un séquito de doce sirvientes, paseó alrededor de los Alpes, visitando algunas ciudades de Italia, Alemania y Austria; en cada una de ellas observó que las personas tenían diferentes percepciones de lo que él consideraba "normal y anormal". Después de vagar por más de año y medio recorriendo aproximadamente 4,800 kilómetros a punta y sonido de herradura, concluyó que para los franceses era normal tener estufas de hierro y comer pan de hinojo, mientras que los alemanes preferían construir chimeneas y comer pan sin hinojo; un verdadero estudio etnográfico motivado por la corazonada de visitar otros países.

Montaigne fue un apasionado de lo que actualmente llamamos equinoterapia, en su texto *Ensayos completos* (1580-1588) escribió: "No soy de los que desmontan con placer cuando están a caballo, pues es el asiento en que me hallo mejor, ya me encuentre enfermo o sano. Platón recomienda montar en bien de la salud, y Plinio agrega que la equitación es buena para el estómago y las articulaciones". Filosofía hecha a lomo de caballo. Efectivamente, Platón y Herodoto fueron vagos, San Pablo vaguísimo, éstos nos transmitieron parte de sus enseñanzas gracias a su deambular.

El segundo caso, lo tenemos con otro vagabundo nacido en las praderas del Himalaya. En la novela *Siddhartha*, escrita por Hermann Hesse (1922) y distinguida con el Premio Nobel de Literatura (1946), se narra de forma sencilla y amena las andanzas del joven que más adelante se convertiría en el *Shakya-muni*. La trama de aquella obra

se sustenta en la vida del *Sugata*, documentada por historiadores y especialistas del budismo, convirtiéndose para los occidentales en lectura necesaria al tratar de conocer la vida del Excelso y su doctrina del *Nirvana*.

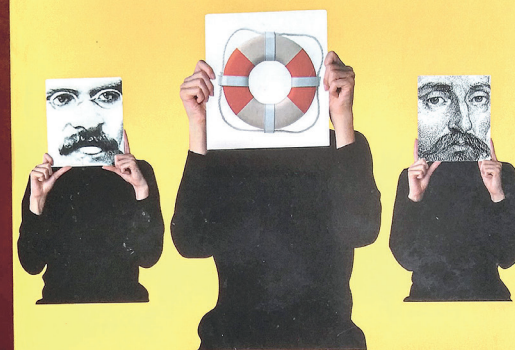
Aquí lo importante es destacar los momentos diacrónicos en que Siddharta cambió el rumbo de su existencia cortesana y sedentaria, por otra vagabunda y ascética, vuelta súbita generadora de una filosofía y religión de corte moral. El tránsito del conocimiento a la sabiduría aconteció cuando Siddharta (566-486 a.n.e.), al cumplir 29 años de edad, decidió celebrar el nacimiento de su hijo Rahula, dejando en casa a su esposa Yashodara. Ordenó preparar la mejor silla para montar su caballo blanco llamado "Kanthaka", haciéndose acompañar de su sirviente Chandaka y se dispuso a vagar por Kapalivastu, su ciudad natal.

Se narra que Siddharta al vagabundear por las calles y entrar en contacto con el mundo real miró a un anciano decrepito, luego a un enfermo, después un cadáver, y finalmente a un asceta, situaciones que le provocaron fuerte conmoción espiritual develándosele en ese momento lo efímero de los placeres mundanos, la vacuidad de la existencia y la inconsistencia de la vida. El deambular de Siddharta lo puedo clasificar como la 'primera visión' negativa del *Tathagata*, si le deseamos anexar algún atributo, ya que la 'segunda visión' o iluminación alcanzada bajo una higuera (el árbol bodhi) de la aldea Vesaka, sería la 'visión positiva', es decir, el momento de entrada al *Nirvana* o estado de perfección al liberarse de todas las pasiones y deseos humanos. Sólo que en el *Dharma* o enseñanza fundamental, la negación juega un papel preponderante que desemboca en la vía media.

Es sorprende la descripción de la negatividad que hace Hegel en el capítulo III de su obra *El concepto de Religión*: "la negatividad que se encuentra para sí, no en otro, que debe tener consistencia, la negatividad infinita, interna, que se refleja en sí, que es objeto de sí misma, es el *yo* en general. En esta autoconciencia y en su movimiento interno mismo se destaca la finitud y en ella tiene lugar la contradicción consigo mismo. De esta forma hay en ella un elemento perturbador; el mal hace su aparición en ella, y éste es el mal de la voluntad" (p.274). A través de la negación superamos la contradicción. En esta cita parece que encontramos los rasgos sintéticos y esenciales del budismo en su dimensión filosófica y religiosa, orientadas a la anulación del "mal de la voluntad" como causa del deseo a los apegos y el dolor del sufrimiento, tal como el Buda lo intuyó montando a "Kanthaka". Religión incipiente concebida a lomo de caballo. Conclusión final: el estudio enfada, la vagancia ilustra.

Montaigne, con el propósito de conocer las diferencias culturales entre los usos y costumbres de la vida cotidiana europea, se le ocurrió ensillar su caballo y acompañado por un séquito de doce sirvientes, paseó alrededor de los Alpes, visitando algunas ciudades de Italia, Alemania y Austria.

Las consolaciones de la filosofía

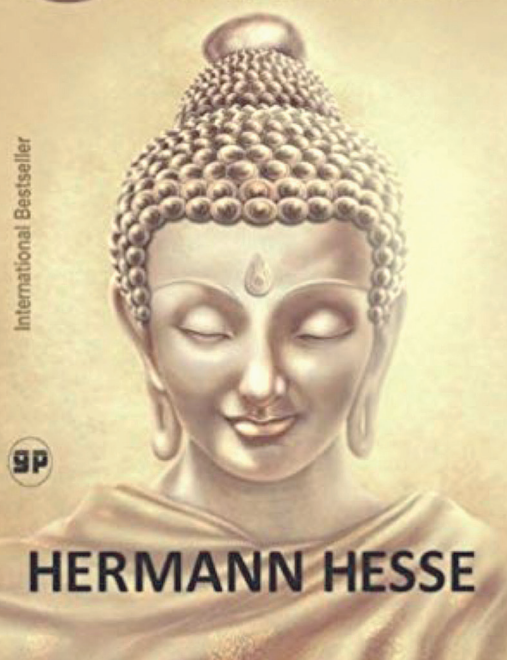


Alain de Botton

Para tomarse la vida con filosofía

taurus

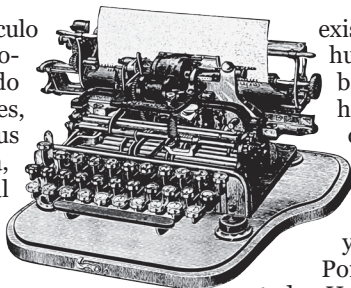
Siddhartha



DE LEJOS Y A MI ALREDEDOR

Otras costumbres que se fueron

Carlos Caco Ceballos Silva



INVIerno 1995. Bonito espectáculo era para la juventud y los varones amantes del quinto pecado capital, el desfile, todos los lunes, de las “mujeres malas” que desde sus casas, allá por el rumbo del Agua Fria, en alegres parvadas se trasladaban al Hospital Civil para pasar registro. Todas ellas bien pintadas, arregladas y alegres, y esto era motivo de escándalo para los hipócritas y para las beatas, hormiguitas de la iglesia, que las señalaban a la pasada como mujeres malas, perjudiciales y destructoras de hogares.

Los “nacimientos” en la segunda quincena de diciembre lo mismo que la “Llorada de la Virgen”, el viernes de Dolores, eran dos fechas que todo mundo esperaba, pues chicos, medianos y grandes gozaban llevando a sus niños a presenciar lo bonito, emotivo y grandioso de los “nacimientos” de aquellos ayer que aún no se premiaban esos trabajos, sino que las señoras que lo hacían ponían todo su amor y entusiasmo para que éstos lucieran bonito y ellas sólo recibieran las sinceras felicitaciones de tantas personas que los visitaban.

Recuerdo el nacimiento que hacían las señoritas Tránsito Ramona, al lado del Beaterio, y el de doña Concha Hidalgo, por la calle Real. Y sobre los “incendios” de la Virgen de los Dolores, éstos pululaban por toda la ciudad, recordando el de la casa de don José Aguilar, la de doña Petrita Leyva, de la familia Gaytán y otras muchas donde la Virgen lloraba de verdad con sabrosas aguas frescas de tamarindo, cebada y tejuino, y los visitantes nos extasiábamos contemplando los hermosos y lindos altares, los cuales se completaban con los cantos de los jilgueros, canarios y periquitos que trataban alegremente en sus jaulas colocadas disimuladamente entre tantas verduras y flores, haciendo eco a los rezos de las gentes.

Durante casi todo el año, a excepción de la temporada de aguas, se organizaban domingo a domingo excursiones a Pascuales. Los camiones regularmente salían de frente a Catedral, así es que desde la salida de la misa de cinco, en la plaza de armas era un alegre algarabía de chicos y grandes, abordando los distintos camiones que había contratado.

Los domingos por la mañana era obligado ir a las matinés del cine Rialto y del teatro Hidalgo, donde veíamos casi siempre películas texanas o de Harold Lloyd, Chaplin, el Gordo y el Flaco, es decir, películas propias para niños que estaban dentro de esa clasificación, y a propósito de eso, recuerdo que en Guerrero 35, mi domicilio por los años cincuenta, teníamos la encomienda de contestar las llamadas que nos hacían preguntando las clasificaciones de tal o cual película.

Eran de gran entusiasmo los días de campo que mensualmente organizaba la Cámara de Comercio a distintas haciendas alrededor de nuestra ciudad, los que resultaban muy concurridos y donde siempre

existía la alegre camaradería y el buen humor; éstos casi siempre se celebraban en la hacienda de Nogueras, de los hermanos Rangel; Quesería, de los Escobosa; Buenavista, de don Salvador Ochoa; El Carmen, del licenciado Enrique O. de la Madrid, y en el Alpuyequé, de don Ignacio Adolfo y Benito Juárez Gamiochipi.

Por esos ayeres, regresaron de los Estados Unidos después de haber cursado sus estudios en la Universidad de Berkeley, California, los jóvenes Oldenbourg, Lily, Tina, Alidita, Carlos y Jorge, y entre tantas cosas que trajeron eran muchas palabritas del inglés que de inmediato fueron adoptadas por la sociedad de Colima, entre otras cosas se popularizó la palabra “pick nic”, que todos los de la alta lo usaron en el lugar de la castiza “día de campo”.

Y se contaba por esos días que en una ocasión, dos muchachas sirvientes de no malos bigotes platicaban, sin darse cuenta que mi tía Adela las oía, pues estaba tejiendo a un lado de la puerta, y una le decía a la otra: Oye, Lalo me invitó a un “pick nic” y yo no sé qué es eso, te lo platico para que me saques de la duda. Y la otra le contestó: Yo tampoco sé de qué se trata, pero por las dudas, si vas, lávate bien “aquello”.

Por los meses de mayo, era costumbre que las niñas con sus trajecitos albos y sus trenzas, mechones o rizos, siempre adornados con listones blancos, iban de “puras” a la catedral, al rosario de las cinco, con sus ofrendas de flores a la Virgen María, y en el mes de junio nos tocaba a los muchachos salir de “puros”, vestidos de blanco y con un corazón púrpura prendido en el pecho para visitar el Corazón de Jesús en el mes del novenario.

Los “aguadores”, con sus burros cargados de cántaros con agua bien fresca de los manantiales de la huerta de San Miguel, ya se fueron, lo mismo que los románticos noviazgos donde los novios con “permiso”, se amaban tras las rejas de las ventanas de las que todavía se ve una que otra en las casas antiguas.

Los “gallos”, hoy llamadas serenatas, ya son muy raros, pues aquellos tiempos para conseguir el “sí” de una señorita, para pedirle perdón o para convencerla de su amor, era obligada la música de cuerdas, así es que continuamente por los “gallos” se sabía o se imaginaba de la reconciliación, pleito o sentimiento de un enamorado.

Y así como las ya platicadas en el anterior y presente relato, eran algunas de las costumbres que se veían, acontecían y se veían en la sencilla, tranquila y acogedora Colima por aquellos años pasados, en donde los “pitos” del correo y del telégrafo, nos ponían un poquito nerviosos, ya sea por la alegría de la carta de un pariente o un amigo, como una nueva noticia sobre el nacimiento que ya estaba “en puerta”, o de la próxima llegada de una estimada amiga o de un querido familiar.

* Empresario, historiador y narrador. +

Cuentos Leonescos

Favor de no leerse

José María Lomelí Pérez

Esta casa está maldita, tú lo sabes mejor que nadie. ¿O acaso no te diste cuenta cuando viste el bosque completamente marchito que la rodea?, ¿no fueron esas historias las que te trajeron hasta aquí? Estoy seguro de que lo sabías, sabes por qué: porque nadie te conoce mejor que yo, me atrevería a decir incluso que nadie me conoce mejor que tú. Sí... lo sé: tanto tú como yo no nos dejamos llevar por suposiciones, ambos seguimos siempre nuestros impulsos, nuestros instintos. Tú llegaste aquí teniendo plena conciencia de lo que estabas haciendo.

Antes de continuar quiero advertirte una cosa: a partir de este momento tu destino y el mío han quedado atados por completo y no sé cómo, ni sé cuándo, pero sí sé que algún día se realizará nuestro encuentro, que no te quepa la menor duda de eso.

La presencia del extinto maestro aún ronda por esta casa, él se niega a abandonarla. Yo lo he sentido muy de cerca en cada una de las habitaciones, al igual que tú, que sin duda comprobarás mis palabras. Ten por seguro que en este preciso momento él tiene clavados sus ojos en ti y que te observa fijamente, con la misma mirada penetrante que tenía en vida y con la cual parecía desnudar el alma y dominar las voluntades de cualquiera.

De nada vale ya que intentes dejar de leer esta carta. El lazo que nos une a ti y a mí, ya nadie puede deshacerlo. Tú elegiste leerla a pesar de la advertencia que te hice al principio de no hacerlo.

Al igual que tú, siempre me gustaron los misterios y nunca temí a las maldiciones, pues no creí ser alcanzado por ninguna. Por ello me adentré en los lugares más sombríos y escabrosos sin el menor de los respetos. Sin embargo, he comenzado a pagar muy caros mis atrevimientos.

Desde el primer momento que pisé esta casa, el maestro me ha obligado a hacer cosas terribles. Cosas que a pesar de mi arrojo jamás realizaría en mi sano juicio. A ti te sucederá lo mismo. Notarás primero su presencia, oirás después sus pasos, percibirás su aroma y escucharás aterrado su risa burlona cuando desesperado preguntes quién te observa.

Te lo aseguro, enloquecerás cuando veas su rostro en los malignos espejos de la casa; cuando sientas que posa sus manos frías sobre tus hombros; cuando finalmente escuches su voz firme, pausada y dominante. Entonces estarás preparado para cumplir sus objetivos. El primero: obligarte a escribir una carta como ésta.

Debes estar consciente de que, por más que te resistas, tu cuerpo no tendrá voluntad propia, sino la de un ser abyecto que te dictará órdenes al oído y dominará tus acciones. Tal como me sucede a mí en este preciso momento que te escribo esta carta. Su fuerza me avasalla, me somete y me presiona para no dejar de calcar mis pensamientos en esta hoja que se ha convertido en mi sentencia de muerte.

En este momento que tengo más dudas que certezas, solamente sé que mi muerte tendrá tu rostro. Eso puedo asegurarlo, tú serás mi asesino. Y sabes por qué lo sé... porque ese es el segundo objetivo del maestro, guiarte hacia mí y obligarte a matarme por más que intente esconderme, él guiará tus pasos hacia mí.

Permíteme darte un consejo, esconde bien la carta que escribas y asegúrate de que nadie la encuentre, puesto que aún cuando lo intentes no lograrás destruirla, ella siempre aparecerá reconstruida en donde menos te lo esperes. Así me sucedió a mí, que aún cuando escribí una advertencia no logré disuadirte de leerla.

Hasta luego, aunque de verdad: espero nunca conocerte...